

Serie

ALEGRIA INDESTRUCTIBLE

Diciembre 6, 2023

Zoom ID: 898 9111 2295

PASSCODE: revive

“ JESÚS EL SALVADOR “

TEXTO BIBLICO

18 Este es el relato de cómo nació Jesús el Mesías. Su madre, María, estaba comprometida para casarse con José, pero antes de que la boda se realizará, mientras todavía era virgen, quedó embarazada mediante el poder del Espíritu Santo. 19 José, su prometido, era un hombre justo y no quiso avergonzarla en público; por lo tanto, decidió romper el compromiso en privado. 20 Mientras consideraba esa posibilidad, un ángel del Señor se le apareció en un sueño. «José, hijo de David—le dijo el ángel—, no tengas miedo de recibir a María por esposa, porque el niño que lleva dentro de ella fue concebido por el Espíritu Santo. 21 Y tendrá un hijo y lo llamarás Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados». 22 Todo eso sucedió para que se cumpliera el mensaje del Señor a través de su profeta: 23 «¡Miren! ¡La virgen concebirá un niño! Dará a luz un hijo, y lo llamarán Emanuel, que significa “Dios está con nosotros”». 24 Cuando José despertó, hizo como el ángel del Señor le había ordenado y recibió a María por esposa, 25 pero no tuvo relaciones sexuales con ella hasta que nació su hijo; y José le puso por nombre Jesús. Mateo 1:18-25

INTRODUCCION

Para los judíos el nombramiento de un niño era un asunto de gran importancia. Hoy en día los padres nombramos a nuestros hijos por distintos motivos; porque su nacimiento cayó en el día de algún santo; porque queremos honrar a algún familiar dando su nombre a nuestro hijo; porque cierto nombre está de moda; o contrariamente, porque no queremos seguir ninguna moda sino ser originales. Pero raras veces nos preocupamos por el *significado* del nombre.

Los judíos concedían cierta importancia a cuestiones de tradición familiar y a veces nombraban a sus hijos por ciertos antepasados o parientes. (Esto se ve, por ejemplo, en la reacción de la multitud ante el nombramiento de Juan el Bautista. Lucas 1:60–61) Pero para ellos la consideración principal era el significado del nombre. Procuraban encontrar un nombre que expresara sus esperanzas en cuanto a la personalidad o los logros del niño, o que reflejara alguna circunstancia de su nacimiento.

Había sido así desde los albores de la historia. El primer hombre fue llamado Adán, porque fue formado de la tierra (Adama). La primera persona nombrada por Adán fue llamada

«Viviente» (Eva), por cuanto «ella era madre de todos los vivientes» (Génesis 3:20). Cuando ella dio a luz a su primer hijo, exclamó con sorpresa ¡He adquirido varón! por lo cual el hijo fue llamado «El Adquirido» (Caín) (Génesis 4:1). Después del asesinato de Abel, cuando Dios concedió a Adán y Eva otro hijo en sustitución suya, le pusieron por nombre «El Sustituto» (Set) (Génesis 4:25). Y así podríamos seguir a lo largo de la historia bíblica: las personas son nombradas porque el significado del nombre les corresponde.

Si, pues, el ángel dice a José que debe llamar al hijo de María «Jesús», no es porque hubiera otro Jesús en la familia, ni porque el nombre sonara bonito, sino porque el significado del nombre le corresponde. Al narrarlo, Mateo nos invita a reflexionar sobre las implicaciones de este nombre para la persona y obra del niño que acaba de nacer.

JESUS Y JOSUE

Nuestro Nuevo Testamento fue redactado en griego. El ángel, sin embargo, se habrá dirigido a José en arameo, una derivación del hebreo. «Jesús» es la versión griega del hebreo «Josué». El nombre que el ángel habrá pronunciado era el mismo que el del gran héroe del Antiguo Testamento.

Es importante recordar esto. Si no, perderemos de vista una asociación de ideas que habrá sido inmediata y evidente para José. El hijo que él debe adoptar será un nuevo Josué para su pueblo. ¿Por qué es apropiado que el Niño sea llamado «Josué»? ¿Qué representaba Josué para la historia de Israel?

Antes que nada, Josué fue aquel que hizo que Israel entrase en la Tierra Prometida. Si el hijo de José y María recibe el mismo nombre, es porque Él ha nacido como caudillo de un pueblo, como Aquel que dirige la conquista del mundo nuevo y hace que *su* pueblo entre en el reino eterno de Dios. Jesús es quien redime a su pueblo para permitir su salida de la esclavitud de Egipto. Jesús es quien conduce a su pueblo por el desierto de la vida, dándoles el socorro que necesitan en las diversas pruebas del camino, hasta que llegan al Jordán de la muerte. Jesús es entonces quien les asiste en el paso del río y les hace entrar en su patria verdadera, en la tierra que Dios les ha preparado.

SALVADOR

Además el mismo nombre de Josué tiene un significado: «El Señor es salvación». Aun en el caso de Josué del Antiguo Testamento, el significado del nombre era sumamente apropiado. Nos recuerda enseguida la presencia del Señor detrás de la acción salvadora de Josué: *«No temas, ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo a dondequiera que vayas» (Josué 1:9).*

Pero es en el caso de Jesucristo que este nombre encuentra su pleno cumplimiento. No es sólo que Dios «ayudará» a Jesús, sino que en Jesús Dios mismo tomaba forma humana a fin de efectuar nuestra salvación. En Jesucristo tenemos un caso único de la presencia salvadora de Dios con los hombres.

«Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo al mundo» (2ª Corintios 5:19).

«A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer» (Juan 1:18). «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14:9).

Esta relación única entre Jesús y el Padre, esta presencia única de Dios con los hombres, queda reflejada en el otro nombre dado por el ángel: Emanuel, Dios con nosotros. Con el nombre «Jesús», sin embargo, se nos enseña que la razón por la que Dios está «con nosotros» no es para juzgarnos, ni condenarnos, sino para salvarnos:

«No envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él» (Juan 3:17).

SALVADOR DE PECADORES

«Jesús» nos habla de la presencia de Dios. Asimismo habla de la salvación. Y el ángel añade otro detalle más: es del *pecado* que Dios nos salvará en Jesucristo. El niño no nacerá como líder político; su salvación no será en primer lugar de orden social, sino moral. No viene para salvar a los judíos de la esclavitud romana, ni a los cristianos de la persecución, de la tribulación o del dolor, viene para salvar a su pueblo de sus propios pecados.

Esta finalidad de la misión del niño en seguida nos despierta ciertas preguntas:

1.- ¿Por qué nos salva precisamente de los pecados?

¿Acaso es esto lo que más necesitamos? Si tuvieras que definir cuál es la mayor necesidad del ser humano ¿qué dirías? Desde luego muchos actúan (aunque quizás no lo dirían) como si su mayor necesidad fuese el dinero. Otros como si todo se les solucionara con tal de tener un empleo seguro. Para otros, lo más importante de la vida es tener buena salud. Para otros es tener buenos amigos. La gran preocupación de muchos es la muerte. La de otros es la justicia social.

Sin embargo, la Palabra de Dios nos declara que todas estas cosas tan importantes -la inseguridad económica o laboral, la enfermedad, la soledad, la injusticia, la misma muerte- no son nuestro mayor problema. Más bien son sus consecuencias. El gran problema del ser humano es su pecado, y todas las demás dificultades de la vida derivan de él. Por lo tanto, lo que debería preocuparnos y angustiarnos más que nada es el hecho de ser pecadores.

El peor de todos los males que pueden alcanzarnos no está fuera de nosotros, sino dentro. No es algo que otros puedan hacernos, sino algo que nosotros nos hacemos a nosotros mismos. Peor aún, no es algo por lo cual otros sean responsables, sino algo por lo que yo soy responsable y culpable.

Los demás problemas pueden ser solucionados por Dios con relativa facilidad. Él es poderoso para suplir todas nuestras necesidades materiales, para sanar todas nuestras enfermedades, para darnos vida eterna. En el día final Él lo hará para los que creen en Él. Pero la solución al pecado no es cuestión del poder divino. Es algo por lo cual nosotros mismos somos responsables. Su arreglo, pues, no es tan fácil. Requiere el nacimiento, no de un héroe político, de un rey justo, sino de un Salvador que muera en el lugar de su pueblo a fin de llevar sobre sí su culpa. De la misma manera que en el Antiguo Testamento el pecador debía sacrificar un animal para expiar sus pecados ante Dios, así Jesucristo aparece en el escenario de la historia como «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29). Muriendo en nuestro lugar, Él es «la propiciación por nuestros pecados» (1ª Juan 2:2). Por su muerte las exigencias de la justicia están satisfechas. Dios puede perdonar sin lesionar la justicia. Es la muerte sacrificial de Jesús la que proporciona salvación de la *culpa* del pecado a todos los que creen en Él.

La santificación en Cristo. Así pues, el creyente es perdonado ante Dios en virtud de la muerte de Jesucristo. Pero ya hemos dicho que el perdón no es la totalidad de la salvación. Si Dios se limitará a perdonarnos, seguiríamos siendo vencidos por el pecado. Además de ser salvos de la *culpa* del pecado, necesitamos que Cristo nos salve del *dominio* del pecado.

EN CONCLUSIÓN

Todo esto está implícito en las palabras del ángel. Por todo esto José debe llamar «Jesús» al niño.

- Él es el Salvador que viene en nombre de Dios.
- Es en el terreno moral («de los pecados») que Él ha venido a realizar su obra de salvación.
- Y son aquellos que le reconocen como Rey y se incorporan en su pueblo, los que son los beneficiarios de su salvación. «Llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados».

No hay otro nombre que mejor le siente a partir de la Encarnación. Hasta aquel momento, en la eternidad, Él era el Hijo, el Verbo, la Luz. Si ahora ha tomado forma humana y habita entre nosotros, es con el fin expreso de ser «Jesús», el Salvador. La salvación es la razón de ser de su nacimiento.

La salvación, por lo tanto, es la razón de ser de la Navidad. En vano celebramos las fiestas navideñas si a la vez descuidamos la salvación de Cristo. Sería un inmenso contrasentido. La única manera válida de «celebrar la Navidad» es por reconocer:

- que soy pecador y mi mayor necesidad es la de ser salvo de mis pecados.
- que Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores.
- que Él es mi Rey y Mesías, y gozosamente me someto a su autoridad formando parte de su pueblo por la fe en Él.

CONCLUSION